

Se limita el autor a reproducir lo que ven sus pupilas sin hacer ni una sola concesión a lo subjetivo.

Sus caballos, sus huasos, sus campos, están copiados con minuciosidad de traductor germano y sus conocimientos y su maestría en el dibujo le permiten dar esas visiones exactas de la vida que bulle alrededor del artista. De tal manera es esto cierto que nadie, ante ellas, y nosotros lo hemos comprobado, piensa en la pintura. Los contempladores se extasían y suelen dejar escapar su entusiasmo ante los rincones familiares de Puerto Montt, de Concón o de Panguipulli por el solo hecho de reconocerlos.

Yo me atrevería a afirmar que estos caballos están tan bien dibujados como los del francés Delacroix, pero ante la elección, ¿quién dudaría? Lo cual quiere decir que la subjetividad más absoluta no es lo que magnifica una obra de arte.

¿Es la pintura un arte de imitación? Si se aplica a la palabra imitación su valor absoluto, creo que no. Veamos un ejemplo aleccionador.

Durante el siglo XIX hubo una serie de pintores, Gérôme, Troyen, Meissonier, Detaille, Friant y Harpignies, de cuyos nombres, famosos entonces, hoy nadie se acuerda. Los Manet, los Cézanne, los Gauguin y los Van Gogh, que interpretan la naturaleza a través de sus temperamentos respectivos, son, precisamente, los nombres que llenan hoy de grandeza la historia del arte. Rodin decía a veces: «Copio la naturaleza con exactitud, en seguida exagero».

Y es que interpretar es liberarse de una esclavitud que la visión nos impone; es, en suma, sacrificar la superficie aparente de las cosas en busca de una más alta expresión artística.

Durero grabador

Firmado por Juan Zocchi, la Biblioteca Argentina de Arte acaba de publicar una monografía sobre la interesante figura de Alberto Durero, como grabador.

Ajtós es un pequeño lugar de Hungría absorbido por la próxima y más importante ciudad de Gyula, de donde eran oriundos los Durero. Fué el padre de Alberto el emigrante que dejó sus tierras vernaculares para ir a Alemania. El nombre de Ajtós, que quiere decir puerta, fué traducido al alemán y al convertirse en *Türer* dió nombre a la familia. Albrecht Dürer «tenía la cabeza aguda, los ojos resplandecientes, la nariz honesta, el cuello más vale largo, el pecho ancho, el vientre moderado, los muslos nerviosos, las piernas firmes, los dedos de las manos, de tal modo que no era dable ver otros más bellos. Tenía tanta suavidad en el hablar y tanta gracia, que quienes le oían querrían que eso no tuviese fin». Así transcribe Zocchi la breve silueta publicada en la traducción italiana en 1591 del libro de Durero *Della simetria dei corpi humani*.

En los días en que el artista nace en Nuremberga se ha iniciado ya la transformación del concepto de vida. Aunque los términos de *Renacimiento* y *Reforma* tienen una significación más vaga que la conocida hoy, especialmente porque la continuidad con la Edad Media estaba más presente en los hombres, hay ya en los espíritus más altos de la época una comprensión total de los tiempos modernos. El Renacimiento se vió por mucho tiempo, según el autor, obligado a navegar en mares católicos. Conviene distinguir el fenómeno de la Reforma distinto al movimiento renovador que nace en Italia y que es en cierto modo el centro de la revolución nórdica. «El mundo de la época de Durero se había dispuesto, por las razones de la conservación de la vida, a dar otro contenido a su existencia».

Este momento está nadando en contradicciones por cuanto quien se dispone a marchar, duda, rectifica, emprende caminos que habrá de desandar. El abandono de la Edad Media no se hace sin angustias y sin congojas. Los hombres dudan y se repiten, dan nuevas formas a sentimientos antiguos, y los temas y los problemas vuelven a surgir «con apasionada nostalgia de ausente».

Este es el escenario en donde se desenvuelve el mundo espiritual de Durero. El autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* se entregó plenamente al drama de su época porque no era hombre que eludiera su mundo vital. Durero era artista auténtico, destinado fatalmente a una obra grandiosa y al tener conciencia de su irremediable misión se sometió a ella apasionadamente.

El espíritu del grabador está hecho de una panorámica visión de la vida, una caballerescas conciencia social, una amable gravedad permanente y el equilibrio en el hacer, que están contenidos en la famosa anécdota del puerto de Veere en donde Durero salió de un mal paso invocando la fe religiosa, pero actuando, al mismo tiempo, viril y enérgicamente. Era sin lugar a duda un hombre imbuído de la plena espiritualidad de la época renacentista. Arte y ciencia son su sabiduría. La creencia equilibrada su espíritu.

Siempre tras el trazo de Juan Zocchi sabemos que Alberto Durero nació en Nuremberga el 21 de mayo de 1471 y murió el 6 de abril de 1528. Recibió de su padre, orfebre de talento, los primeros impulsos de una vocación innata e irrefrenable.

Nuremberga era en la época de Durero *carrefour* en donde se bifurcaban los caminos del arte y de los tiempos, «apelmazada síntesis viviente de la Edad Media, trasladada al Renacimiento con todos sus antecedentes y todos sus efectos góticos». Ciudad comercial, puerta para el Sur, el Norte y el Este, tenía una abigarrada y heteróclita población de artistas, escritores, comerciantes, impresores, que prolongaron por muchos años su aire de ciudad culta y civilizada.

Aquí fué donde Durero abrió su espíritu al mundo de las impresiones, de las emociones y de la sensibilidad. Casó a los veinticinco años con Inés Frey que aparece en un dibujo a la pluma con un aire melancólico y vagamente esbozada en sus formas juveniles e ingenuas de muchacha alemana.

Es esta una época de noble artesanía. Los gremios tenían categoría de instituciones estatales por su importancia. Alemania vió florecer el arte del grabado con inusitado esplendor y desarrollo. Zocchi señala un hecho que no debe ser olvidado. «La invención de la imprenta—dice—no fué otra cosa que el brote natural de los talleres de grabadores».

El grabado en madera se extiende considerablemente. Los talleres reciben cada día mayor demanda de estampas y ejemplares. Es Durero quien lleva la técnica a su más alta perfección. Sin embargo habría de ser en las planchas de cobre en donde el de Nuremberga alcanzara sus más gloriosas realizaciones.

La obra de Durero es de una infinita extensión, de una riqueza de matices insospechable. El conjunto de sus grabados presenta una variedad extraordinaria por la diversidad de asuntos y por la maestría técnica que caracteriza al autor del *Apocalipsis*. Nada es ajeno al espíritu múltiple y proteico de quien es, con Erasmo y con Holbein, el genio máximo del Renacimiento germano. Durero es, como buen renacentista, un genio con avidez de saber y dominio de las técnicas. Su humanismo comprendía todo el saber de la época: leía el griego y el latín y se apasionó en el estudio de la Astronomía hasta el punto que sus grabados de las constelaciones celestes sirvieron más tarde al astrónomo inglés Flamsteed para levantar su admirable atlas del cielo. Fué un espíritu universal comparable sólo a Leonardo y Miguel Angel.

Durero fué un artista de su tiempo; por eso sentía esa preocupación por la labor bien realizada y por la noble artesanía que se confunde con la obra de arte. A esta facultad de dominio no fué ajena su estancia en Venecia y su contacto con los artistas italianos. El mismo imprime sus grabados, elige las tintas, los papeles y ensaya las prensas hasta hallar la prueba perfecta.

La nitidez de líneas de sus grabados sólo ha sido alcanzada más tarde por el japonés Utamaro.

Durero define plenamente su credo estético en su obra de juventud, *El Nuevo Testamento*. Para Zocchi es un clasicista renacentista. El autor estudia el mundo espiritual y filosófico del grabador en sus tres más altas obras: *La Melancolía*, *El Caballero*, *La Muerte y el Diablo* y *San Jerónimo en su celda*.

Esta interesante monografía sobre el genio de Nuremberga ha sido editada por la casa *Poseidón*.

ANTONIO R. ROMERA.